

Caz Frear

Cinco malas
acciones



AdN

Caz Frear

Cinco malas acciones

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

AdN

Título original: *Five Bad Deeds*

Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Simon & Schuster UK Ltd. a través de International Editors and Yañez' Co.

Extracto de *Adiós a las armas* © the Estate of Ernest Hemingway, 1929, publicado por primera vez en Reino Unido por Jonathan Cape. Traducido al castellano por Miguel Temprano García en la edición de Debolsillo, 2014.

Extracto de *El Jardín del Edén* © Mary Hemingway, John Hemingway, Patrick Hemingway y Gregory Hemingway, 1986, publicado por primera vez en Reino Unido por Hamilton Ltd. Traducido al castellano por Pilar Giralt Gorina en la edición de Debolsillo, 2004.

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Caz Frear

© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-28-5

Depósito legal: M. 6.279-2024

Printed in Spain

*Para Edie y Albert, con cariño e ilusión por todos
los relatos que narraréis y los mundos que crearéis.*

Tres meses después

La Meadowhouse ha salido a la venta esta semana. Ya lleva doce visitas, según me han dicho. Aunque a estas alturas es probable que lleve más, porque no llamo a casa desde el martes. Es que no me queda crédito para el teléfono. Ni desodorante. Menos mal que mañana es día de cafetería. Si administro sensatamente mis gastos saltándome todas las cosas esenciales de mi antigua vida, que aquí consideramos un lujo, podré comprar unos pocos minutos más de cotorreo insoportable con las personas que todavía me hablan. Principalmente mis gemelos, Max y Kian, que tienen cuatro años.

Cuatro años.

Tenían tres cuando les di el último abrazo; durante dos semanas eché de menos su cumpleaños. Cuando llegó el día temido, les canturreé *Cumpleaños feliz* por teléfono aspirando el rancio olor a pelo grasiento que desprendía el auricular y haciendo caso omiso del Código Rojo que acababa de encenderse justo detrás.

Código Rojo: una pelea con sangre. También conocida como nuestro entretenimiento matinal.

Tomamos la decisión desde el principio, y me refiero a Adam y casi con toda certeza a sus padres, de no someter a los niños a las visitas a la cárcel. Llegamos a la conclusión de que era demasiado traumático. Demasiado extraño. Demasiado contrario a los planes que habíamos hecho para su

corta vida, tan organizada. Yo acepté, o accedí, a prometer que volveríamos a hablar de ello cuando estuviera «debidamente instalada». Adam prefiere hablar como si fuera mi primera estancia en Roedean, pero yo ya llevo varios meses «instalada» y él sigue negándose a darlo por bueno. Las mujeres que hay aquí dicen que me está castigando «porque eso es lo que hacen los hombres, Ellen». Pero yo intento creer que Adam no es uno de esos hombres, que jamás podría ser tan cruel.

Y sé que soy una de la afortunadas. Aquí hay muchas mujeres que no tienen a nadie que mantenga vivo el fuego del hogar. Carecen de familiares o amigos que cuiden de sus hijos, paguen el alquiler, guarden sus posesiones y, en el caso de mi compañera de celda, den de comer a su periquito. Al perder la libertad, lo pierden todo.

Aunque no todas merecen compasión.

Tres celdas más allá hay una mujer —la llaman Joy, seguramente sea Joyce; me da demasiado miedo preguntar para que me lo aclare— que le dice a todo el mundo que quiera escucharla que perdió a sus hijos por un secador de pelo Dyson. No es la historia completa, por supuesto; en este agujero nunca se cuenta la historia completa. Siempre se le olvida mencionar los veinte «secadores de pelo» anteriores y las cuatro sentencias de cárcel que le han impuesto o el hecho de que amenazó con apuñalar en el cuello al guardia de seguridad cuando quiso registrarle el bolso.

Así y todo, es un buena historia melodramática, y en la prisión de Holbeach los melodramas son muy útiles.

Claro que yo no tengo ninguna historia que contar.

Nuestra historia es puro resentimiento.

Pero supongo que debe de resultar duro. Quince meses por un secador de pelo. O sea, los ladrones no gustan a nadie. Pero por lo menos nadie acabó muerto.

1

Ellen

Antes

—Por lo visto, uno tiene un catorce por ciento más de probabilidades de morir en su cumpleaños que ningún otro día del año. ¿A que es para alucinar?

Y con esa afirmación tan estimulante, mi hermana Kristy sopla las velas de la tarta. Hoy cumple treinta y nueve años, aunque, si se cuentan las velas, solo hay treinta y cinco.

Orla, mi hija mayor, no está impresionada, como es costumbre en ella.

—En serio, hay que acabar de una vez con este ritual de las velas. No sé, es antihigiénico. Podrías llenar toda la tarta de saliva. —Coge una cuña de patata de mi plato, la gorda y crujiente que yo estaba reservando, y le echa el aliento—. ¿Qué, te la comerías ahora? No, ya te digo yo que no.

Bienvenidos a mi vida, que, según dicen, es muy feliz. Y más tarde publicaré una foto en Facebook para respaldar aún más ese hecho. Será una foto llena de sonrisas y papel de regalo arrugado. Entrechocar de copas y filtros suavizantes. Sin mención alguna de muertes, gérmenes ni la mesa situada al fondo y barrida por corrientes de aire que nos han adjudicado en The Cricketers ni tampoco el hecho de que ni la chica que cumple años ni el mínimo número de invitados deseaban venir.

—Oye, ¿os acordáis de aquello que decía papá? —pregunta Kristy, ya un poquito más participativa después de dos Red Bull con vodka—. Decía que uno es un gran hombre el día que nace, el día en que lo entierran y el día de su cumpleaños. Todos los días que hay en medio es un pobre idiota como los demás.

Ah, sí. La sabiduría de Patrick J. Hennessey. Un borracho épico y un filósofo del montón. Nunca me decidí a cuestionar a nuestro fallecido y no tan querido padre sobre esta y otras muchas teorías suyas empapadas en cerveza, pero imagino que lo mismo valdría para las mujeres. No es que mi padre tuviera mucho tiempo para ellas, a no ser que estuvieran cuidando de los niños o repartiendo dinero para cerveza.

Creo que hoy se habría sentido orgulloso de mí. Recogiendo el ticket del almuerzo, cargando con tres niños revoltosos porque Orla está de vacaciones escolares y no hay nadie que pueda cuidar de Max y Kian. Nadie de quien yo me fíe, claro. Todos los que están medianamente en forma para enfrentarse a ese peligroso desafío —mis amigos Nush y Gwen, los padres de Adam y Kristy (apurando mucho)— se encuentran aquí o, en el caso de mis suegros, de crucero por las islas Galápagos a bordo de un buque de cinco estrellas llamado *Sinfonía del Mar*.

Ojalá estuviera yo de crucero. De hecho, me conformaría con un viaje en autocar. Solo para tener un poco de tiempo para mí misma, para leer, pensar y descansar.

Llevo toda la mañana con ese pensamiento en la cabeza, agudo como un calambre menstrual.

A decir verdad, la resaca que tengo no me ayuda. Y Orla tampoco.

—Sabes, mamá, esa tarta es una atrocidad incluso para Muriel —dice, mirando la tarta vagamente rectangular como si fuese un trozo de carne podrida.

Gwen, que normalmente tiene buen corazón, se muestra de acuerdo con ella.

—Ya... A ver, Els, no soy Mary Berry, pero una tarta de color gris... parece la lápida de una tumba.

—Sí, una lápida que dice «Kirstie» —comenta Kristy.

—La pedí de color plateado —protesto pasando rápidamente por encima de la falta de ortografía.

Nush suelta un resoplido.

—Aun así, seguro que no dijiste nada aunque le estabas pagando.

—Aunque no la soportas —añade Kristy.

—No dijo nada, le dijo: «La tarta es preciosa, Muriel, tienes mucho talento». —Orla me imita poniendo una voz tan empalagosa como el cava cura resacas que Nush acaba de hacerme beber—. En serio, mamá, eres una tremenda hipócrita.

¿Hipócrita o simplemente educada? No estoy segura de que haya diferencia. Y de todas maneras, en primer lugar, los pequeños se la zamparán alegremente, porque la tarta es una de las pocas cosas que Max come sin transformarse en el Anticristo mientras que Bella, la hija de Gwen, y Kian se lo comen todo. En cierta ocasión, los pillé chupeteando una babosa. Pero en segundo lugar, y más importante, todo el mundo sabe que es muy útil halagar a las vecinas cuando uno está a punto de embarcarse en una reforma, y en última instancia me alegra mentir acerca de la tarta si así consigo ahorrarme una queja ruidosa.

Deposito mi cava sin tocarlo y me quedo mirando fijamente a Orla, sentada al otro lado de la mesa.

—¿Y qué debería haber dicho, sabihonda? ¿«Por Dios, Muriel, preferiría graparme la lengua a un tren en movimiento antes que darle un mordisco a ese desastre de tarta»? Se llama tener modales. Tú antes los tenías, ¿no te acuerdas?

Orla me lanza una mirada de asesino en serie, inundada de pies a cabeza por un profundo desdén adolescente. Pero yo también sé lanzar miradas asesinas, de modo que, pasados unos segundos, se cansa del duelo entre pistoleros y se va en dirección al cuarto de baño remarcando su salida de la escena con el golpeteo de sus tacones de aguja contra el traicionero suelo de adoquines.

La madre que llevo dentro quiere gritarle: «¡Cuidado, no vayas a torcerte un tobillo!», pero en los últimos tiempos hacer de madre de Orla es ser un puro kamikaze y, en cualquier caso, mi hija no es de las que se caen. Orla posee firmeza, arrogancia. Un contrato blindado con el mundo que afirma que tiene dieciséis años, es invencible y no tiene tiempo para torcerse el tobillo.

Además, ya es más alta que yo. Orla ha heredado el cabello pelirrojo de la familia de Adam y la estatura y talla de sujetador de la mía. Todo el mundo hace el chiste de que nos esperan unos cuantos años moviditos.

Estos últimos meses no han sido precisamente maravillosos.

Unos instantes más tarde, mientras Nush está respondiendo correos electrónicos y Kristy persigue a los niños y a Bella alrededor de la mesa, Gwen se da un toquecito en sus labios pintados de rosa fucsia, la señal para decir: «¿Te apetece echar un pitillo a escondidas?».

—Por Dios, aquí no —contesto yo como si me hubiera sugerido que nos desnudáramos—. Están ahí las amigas de Sylvia. Se volvería en mi contra, estoy segura.

—Y la suegra no lo aprobaría —confirma Nush, todavía tocándose los labios y con ello exigiendo a una pobre idiota que haga algo mejor o más deprisa, sin duda.

—¿Que no lo aprobaría? Anularía nuestro matrimonio.
—Nush suelta una carcajada, divertida como siempre por mi

nerviosismo basado en Sylvia. Pero claro, es que la perfecta Nush, refinada y competente en todas las cosas, no está casada con Adam, por mucho que eso decepcione a Sylvia, que apenas sabe disimularlo—. Tendría el poder, créeme. En esa familia hay sacerdotes. Bueno, hay un diácono, sea lo que sea eso.

—Els, por el amor de Dios, no seas blandengue —musita Kristy.

Gwen se pone de pie de un salto, calzada con sus bailarinas.

—Venga, vamos. Nos esconderemos detrás de los cubos de la basura. Será como volver a tener catorce años.

Le río la gracia, pero niego con la cabeza. Gwen chasquea la lengua y murmura «aguafiestas»; acto seguido, sale por la puerta para irse a fumar a solas, como la amiga simplona que es.

—¿No tiene frío? —dice Nush, una clara pulla al vestidito corto y con estampado de piñas que lleva Gwen—. Estamos a finales de octubre, por el amor de Dios. Es temporada de ponerse leotardos.

—Yo, si tuviera las piernas que tiene ella, tampoco notaría el frío. —Dejo escapar un suspiro—. Por desgracia, he heredado las patorras de mi madre. Cuando era más joven no estaban mal, ya sabes, fuertes, atléticas, pero ahora parecen las de la mujer de un agricultor. Son buenas para sacar a una oveja de una zanja, pero no para ir paseándome por ahí con vestiditos cortos. —Me subo una pernera de los vaqueros y enséño una robusta pantorrilla para demostrarlo.

—¿Y qué tal para pasearte por el instituto Pelham High? —Nush deja su teléfono con una sonrisa. Yo endezco la espalda en mi asiento, prácticamente jadeando de emoción—. Espera, no te hagas las cuentas de la lechera, cielo, que todavía no es seguro oficialmente. Pero ciertas «fuentes», bueno, Joanna Plimpton me ha dicho que tú eres la primera en la lista de candidatos.

Kristy se queda quieta.

—¿Para ese puesto de trabajo?

—Sí. —Expulso un poco de aire de los pulmones—. Pero el nuevo director de Pelham High es inglés. —Nush me lanza una mirada de advertencia—. Vale, vale, todavía no es seguro, ya te he oído—. No puedo evitar sonreír—. Pero si Joanna Plimpton ha dicho eso, es que he debido de clavarlo en la entrevista. Lo cual no es malo, dado que veinte minutos antes estaba limpiando el vómito de Kian de la moqueta de la escalera.

Nush empuja el cava hacia mí.

—Bueno, opino que eso merece una copa, claramente, ¿tú no?

—Lo cierto es que no debería beber. Anoche tomé bastante vino y tengo el coche fuera.

—Venga, relájate, una copa no te va a hacer daño. Es prácticamente agua con gas. —Me pasa la copa y la choca con la suya—. Por la «potencial» buena noticia.

—Por la salvación, querrás decir. —Doy un sorbo largo, después otro—. En serio, desde que falleció el marido de Muriel soy una presa fácil. No tiene nadie a quien quejarse durante el día, excepto a mí.

—Bueno, Muriel no es mala del todo —dice Nush acariciándose el pelo con gesto ausente, como quien acaricia a un gato con pedigrí—. Es gruñona, eso nadie lo discute, pero hace muchas obras de caridad. Teje mantas para los sintecho. En el fondo, es buena persona.

«¿Y para qué sirve eso?», me entran ganas de decir. ¿Vas a exhibir tu bondad en mitad del escaparate? ¿De qué sirve ser bueno si todos los demás ven que eres malo?

Y, obviamente, Muriel no es mala del todo. Pocas personas lo son. Y pocas personas son buenas del todo. Puestos a analizarlo, todos somos una maraña de roles distintos y no podemos ser buenos en todos. Por lo general, una es una amiga estupenda, pero una hermana impaciente. Una colega de

sobresaliente, pero una madre de suspenso. Sin ir más lejos, hace solo una hora tuvimos que escuchar a Nush insistiendo una vez más en que, aunque su ex, Tom, era indudablemente un marido rastrero e infiel, era un padre maravilloso para Jasmine en muchos sentidos (como si el hecho de haberle construido un caballito balancín en 2007 lo hubiera convertido en el Señor de Todos los Papás).

—¿Sigues sin saber nada de Adam? —pregunta Kristy tomando asiento con ese gesto de dolor que ya lleva más de diez años siendo algo muy parecido a un reflejo. Sentiría lástima de ella si su pregunta no hubiera sido un intento tan obvio de revolver la mierda. Dejo que mi expresión lo diga todo y luego exclamo un «¡No!» en tono amenazante hacia Max, que en este momento está atizando golpes de kárate a la mesa por motivos que solo puede comprender el cerebro de un niño de tres años.

—Seamos justos —dice Nush—. Acaba de aterrizar hoy a las doce. Seguramente se habrá ido a casa a acostarse unas horas. No lo metieron en clase *business*, ¿verdad? Eso fue el colmo, teniendo en cuenta que estaba en Nueva York por temas de trabajo.

Mi compasión es finita. Desde que llegaron los gemelos, no he ido a Nueva York ni a ningún otro Nuevo Nada.

—Ya, bueno, cuando Adam quiera cambiarme el sitio, no tiene más que decirlo. Con mucho gusto me pasaré cuatro noches seguidas viendo porno y llamando al servicio de habitaciones. Él, que se quede aquí a sacar cacas de niño de la bañera.

—Hala, ya estamos otra vez, otra guerra de los Walsh —gime Kristy, aun cuando suele ser ella la que las provoca—. Primer asalto: ¿quién lo tiene peor, Ellen o Adam? Segundo asalto: segundo verso, igual que el primero. Así una y otra vez hasta que se muera uno de los dos.

—Siempre puedes irte a vivir a una casa propia —le dice Nush a Kristy, con lo cual me prepara para pasar otra noche

convenciendo a mi hermana de que, por supuesto, es bien recibida si quiere vivir con nosotros; por supuesto, no estamos hartos de ella; por supuesto, yo no me quejo de que nunca cierre la puerta con llave ni compre más vino cuando se acaba—. Porque, sinceramente, vivir en un cobertizo a los treinta y nueve años...

—Es una cabaña de jardín —suelto yo, y no es la primera vez—. Tiene un porche, por el amor de Dios. Y la ducha es mejor que la mía.

Esto Nush lo sabe. Estuvo presente cuando la instalaron. De hecho, se mostró totalmente a favor, cuando era una potencial oficina con gimnasio y no un centro de reinserción para hermanas errantes.

—A lo mejor yo debería irme a vivir contigo —le contesta Kristy a Nush con un brillo malicioso en los ojos—. A ver, sin marido y sin niños, últimamente te sobra mucho espacio.

Kristy siempre ha tenido una lengua que parece un machete oxidado.

Han pasado cinco meses desde que mi hermana pequeña se presentó en la puerta de casa, tras regresar de Ibiza, cargada con una maleta que deprimía de lo poco que pesaba y luciendo los restos de un moratón en el ojo. Le pregunté por lo del ojo, naturalmente; ella prefirió mentir al respecto y me contó una milonga de un cepillo de dientes que se le cayó y la rígida composición de un lavabo de porcelana. Más tarde, le dijo a Kian que se había hecho el moratón luchando con un oso por un tarro de miel. A Adam le guiñó un ojo y le habló de los «peligros del sexo duro».

Llevábamos cuatro años compartiendo habitación. Cuatro años de FaceTime, de comunicarnos desde la clavícula para arriba. No es que estuviéramos lo que se dice distanciadas. Kristy y yo siempre habíamos tenido una relación intermitente, nos habíamos enamorado y desenamorado como hermanas, con toda

naturalidad, en varios momentos de nuestra historia. Y, desde luego, desde que llegaron los gemelos, la mezcla de estilo de vida, geografía y prioridades completamente distintas dio como resultado que juntarnos fuese algo que siempre estábamos planeando hacer en vez de hacerlo de verdad. Pero hablábamos con regularidad, la distancia aportaba a nuestras llamadas una sensación casi confesional y nos permitía compartir secretos con la seguridad de que nuestras vidas jamás se entrecruzarían. Kristy supo que yo estaba embarazada de los gemelos tres días antes de que se enterase Adam. Yo fui la única persona a la que le hablé de abortar a finales del año pasado. Una decisión tomada, por lo visto, «porque haces que la maternidad parezca peor que hacerse el harakiri».

¿Lo hago? A veces.

¿Lo es? No.

Kristy se toma las cosas en sentido demasiado literal. No comprende que estar embobado con tus hijos y luego llorar por el profundo tedio que supone cuidar de ellos forma parte del manual de instrucciones normal. La Carta Magna de la maternidad. Quiero decir, ¿importa algo que yo haya dicho que prefería tener cistitis durante un año antes que asistir a la obra de teatro de Navidad de los gemelos durante media hora? Estuve en ella, ¿no? Aplaudiendo, sonriendo y vitoreando a mis dos pastorcillos ataviados con los disfraces que les había terminado de coser a las tres de la madrugada. Demonios, hasta logré fingir interés durante los quince minutos de entumecimiento mental en los que mis niños no estuvieron en el escenario.

Vale, es posible que afirme a menudo que me encantaría recuperar mi antigua vida, pero está muy claro que lo digo en broma. Me bastaría con volver a mi antigua vida solo un momento. Solo diez benditos minutos en los que nadie me necesitara para encontrar algo o cocinar algo o explicar por millonésima vez que, aunque a Kristy le quede genial, a ellos de

ninguna forma voy a permitirles que se hagan un *piercing* en el tabique de la nariz.

La cosa era diferente cuando solo estaba Orla, cuando teníamos rutinas que figuraban en el derecho de familia: los martes biblioteca, los viernes Disney, los domingos tortitas. Los gemelos trajeron la anarquía a nuestro hogar. Durante los dos primeros años, vivimos bajo un corrimiento de tierras esperando a que el próximo golpe en la cabeza o una galleta caída al suelo desatara un apocalipsis doméstico. De repente ya dejó de haber silencio, estructura. Solo había una interminable banda sonora de golpes, porrazos y chillidos. Como si compartieras tu casa con dos robots que no funcionaran bien.

La cosa fue mejorando, por supuesto. Yo le fui cogiendo el tranquilo a la situación y a ellos. Pero, detalle que no sorprendió a nadie, por el camino, Adam y yo nos perdimos y aún no hemos encontrado la manera de volver. Seguimos buscando a tientas dónde está nuestro matrimonio, igual que unos invitados en una cocina que no les resulta familiar; saben de forma instintiva y arraigada cómo funcionan las cosas normales como el hervidor de agua, la tostadora, el abrelatas o los grifos, pero no tienen ni idea de cómo encender la máquina de fabricación belga que sirve para hacer tortitas.

Pero jamás imaginé que íbamos a perdernos tanto Orla y yo. Todo el mundo dice que es normal, que forma parte de la evolución de los adolescentes. «Echa la culpa a las hormonas», me dicen. «Echa la culpa a TikTok, a las Kardashian, a lo que quieras, Ellen, porque seguro que la culpa no es tuya.»

Solo Orla y yo sabemos que eso no es verdad del todo.

Estoy agachada en cuclillas disciplinando a Max, o más bien amenazándolo con un futuro sin iPad si no deja de dar patadas a las cosas, cuando me llama Nush.

—Ellen, rápido, tienes que ver esto.

Me incorporo preparada para mostrar sorpresa hacia lo que sea que le haya llamado la atención, esperando algo así como una vecina que se ha teñido fatal el pelo o algún gilipollas intentando probar suerte con Gwen. Sin embargo, la expresión de Nush da a entender otra cosa. Sigo la dirección de su mirada y veo algo que es mucho más urgente.

Orla en el bar.

Más bien, Orla apoyada en la barra. Con las piernas estiradas, la espalda arqueada y el cuello estirado hacia delante. Tiene la cabeza, pelirroja, inclinada hacia abajo y sonrío a algo que el camarero tiene en la mano.

—Cuesta calcularle la edad con todo el asunto del moño y la barba, pero debe de tener ¿cuántos, treinta? —dice Nush haciendo equilibrio de puntillas, con los talones fuera de sus elegantes zapatos de salón color beis—. Están haciendo algo con los teléfonos. Intercambiando números, tal vez.

Salto disparada hacia delante, viéndolo todo rojo. Kristy saca un brazo y me bloquea el paso.

—Oye, a lo mejor debería encargarse de esto la Tía Estupenda. Si vas tú, solo conseguirás que Orla se sienta violenta.

—De eso se trata.

Ayer, mientras comía la empanada vegana que yo había pasado casi dos horas preparando para ella, Orla anunció que mi dirección de correo electrónico le hacía sentirse violenta. Al parecer, ya es bastante malo que yo use el correo electrónico, pero que sea el de Hotmail «da escalofríos».

Aparto el brazo de Kristy y voy directa hacia la barra hecha una furia. Kristy me sigue pero se queda detrás, todavía sopesando qué caballo montar: si el de Tía Estupenda o el de Hermana Cómplice. El camarero es el que me ve primero, lo cual hace que Orla se vuelva y su sonrisa se esfume al instante. Presintiendo el peligro, se aparta rápidamente y se pega a

la primera persona que cree que puede ofrecerle protección, que en este caso es Bella, ya que es menos probable que yo le eche la bronca si lleva en brazos a una niña pequeña.

Pero yo no tengo interés en echarle la bronca a ella.

—¡Tiene dieciséis años! —exclamo, atrayendo la atención de Greg, que lleva mucho tiempo siendo el gerente del Cricketers. Noto que mi furia es elástica, como si pudiera estirarme y duplicarme la estatura.

El camarero no dice nada; sus ojos verdes chispean, sus bíceps se flexionan mientras tira una cerveza clara y espumosa con la lenta precisión de un profesional. En el espejo de la barra veo que Orla está hablando a toda prisa con Gwen al tiempo que le hace gestos de estar llorando a Bella, pero noto que está furiosa. La conozco. Es mi niña. Soy capaz de percibir el estado de ánimo de mi hija solo por el modo en que se lava los dientes.

—¿Me has oído? He dicho que tiene dieciséis años. —Se me ponen los nudillos blancos al agarrar la madera de roble, oscura y granulada. Tengo que asirme a algo para no clavarle las uñas como una gata rabiosa.

—Sí, la he oído. Pues, entonces, es lo bastante mayor. —Por un segundo parece estar sinceramente perplejo por la mirada letal que le lanzo yo, pero luego cae en la cuenta de golpe—. Ay, Dios, no. ¡No! Me refería a hacer de modelo. Es lo bastante mayor para trabajar de modelo, no para... Ya sabe... ¡Dios!

¿Trabajar de modelo? Seamos serios.

—¿Va todo bien, Ellen? —me pregunta Greg acercándose ligeramente.

Señalo al camarero.

—Este ha intercambiado números de teléfono con mi hija y quiero que borre el de ella, nada más. Con eso me conformo. —Me encojo de hombros—. Después, lo que decidas ha-

cer con eso de que tus empleados intenten ligar con colegialas es cosa tuya.

Greg no consigue pronunciar palabra.

—¿Ligar con ella? No, ni hablar. Usted se está confundiendo totalmente. —El camarero mira a su jefe con una expresión de pánico en la cara—. Se confunde totalmente, Greg. Le estaba enseñando a la chica el Instagram de una prima mía que es modelo. —Vuelve a mirarme a mí—. Y, como puedes ver, parece un poco mayor que su hija, y siempre está diciendo que las pelirrojas están de moda, así que le he dicho a su hija que debería seguirla en Instagram, eso es todo. Para que vea de qué va el tema. Podría ser modelo, tiene la estatura necesaria.

—También tiene las pruebas de los exámenes finales el mes que viene.

Kristy me pone una mano en el hombro para decirme que ya deberíamos irnos y, dado que al fondo están los gemelos peleándose, me veo obligada a dejar para otro momento todas las amenazas, todos los insultos que me encantaría lanzarle a este insecto por haberse servido de una tretita tan trillada y tan burda con mi inteligente y brillante hija.

—Y, de todas formas... —señalo a Kristy, no me resisto a lanzar una última pulla—, su tía aquí presente ha sido modelo de lujo, de modo que en ese sentido ya estamos servidas, gracias.

El camarero recorre con la mirada a Kristy. La cicatriz apenas visible que le cruza el puente de la nariz, levemente torcida. La forma en que arquea ligeramente el cuerpo, como una maldita patata frita de bolsa. Me vuelvo a toda prisa deseando no haber dicho nada y rezando para que Kristy no se haya percatado de la expresión divertida que ha puesto el camarero.

—Vamos —le digo para que venga conmigo, y después exclamo en dirección a Orla—: Y tú, haz el favor de recoger a tus hermanos. Nos vamos dentro de cinco minutos.

Orla se vuelve con un gesto en la cara más agrio que el vinagre.

—Esto... No soy tu canguro. Hasta que me pagues nueve libras la hora, ¿verdad, Gwen?

La pobre Gwen, atrapada en medio, me dirige una mirada solidaria.

—Els, si tienes prisa, yo puedo llevarme a los niños. No hay problema.

—Gracias, cielo, pero no pasa nada. —Mi determinación se refuerza—. Orla, te he dicho que recojas a tus hermanos.

Ella echa a andar despacio hacia mí. Noto el olor a limonada que despide su aliento cuando se me acerca para susurrarme al oído:

—Y yo te he dicho que no pienso hacerlo. Recoge tú misma a tus preciosos niñitos.

«Has dicho que nos iríamos dentro de cinco minutos, así que me iré dentro de cinco minutos.»

Como un chófer que espera a un cliente de alto nivel, me siento a esperar a Orla. Pasan cinco minutos, después otros cinco. Procuero no perder los nervios hablando lo menos posible, tan solo digo algún que otro «¡Chicos, por favor!» cuando los gemelos desparraman varios paquetes de patatas fritas sobre el vertedero que llamamos asiento de atrás.

Kristy, sin embargo, no guarda silencio.

—Bueno, ¿a qué vino lo de anoche? —me pregunta al tiempo que rebusca en mi bolso para sacar otro paquete de patatas fritas para ella—. No es propio de ti beber alcohol entre semana. Y mejor no hablar de ese selfi que te hiciste poniendo morritos...

—Ay, Dios, ¿lo viste? —Apoyo la frente en el volante con la nariz pegada al emblema de Audi—. Pensaba que la cosa

no había ido más allá, lo borré de Facebook, no sé, a los cinco minutos.

—Pues sí que lo vi —dice Kristy riendo con la boca llena de patatas fritas—. No te habrás hecho ningún favor al poner violenta a Orla.

—Yo no me preocuparía. Tiene dieciséis años. No iba a aparecer muerta en Facebook. —Giro la cabeza para mirar a mi hermana—. Y para responder a tu pregunta, te diré que estaba aburrida. Adam otra vez de viaje, todo el mundo ocupado, nadie con quien jugar. Llamé a la puerta de la cabaña, pero estabas... —me vuelvo hacia los gemelos y bajo el tono de voz— ausente, tirándote a Shane. ¿Supongo bien?

—Se llama Shay, sin el «ane». Y supones bien.

—¿Vamos a conocer algún día a ese hombre tan internacional y tan misterioso?

—En fin, gracias por la fiesta de cumpleaños —me responde Kristy esquivando alegremente la pregunta, una habilidad particular que posee ella, por no decir que es su superpoder—. Quiero decir, lady Nush y Gwen son amigas tuyas, no mías, y me gustaría mucho que dejaras de intentar convertirnos en un cuarteto de lo más guay. Pero ha sido todo un detalle. Y esas botas de motera son... —Imita el beso de un cocinero.

—Pensaba que Gwen te caía bien.

—Corrijo: Gwen no me cae mal. No tiene nada que pueda disgustarme. Posee la misma personalidad que un batido de leche. —Decir eso es injusto y falso. El problema de Gwen es que es guapísima, apenas tiene treinta años y tiende a ver lo mejor de las personas. Al tercer delito, cadena perpetua en lo que a mi hermana se refiere—. De modo que adiós a eso de beber entre semana, entonces, una vez que empieces en ese trabajo nuevo, quiero decir. De ninguna manera podrías lidiar con las resacas. En serio, tienes una pinta fatal.

—Por Dios, no digas eso. Ya es bastante malo que una de las amigas de Sylvia me pillara aplicándome champú en seco en los lavabos. El pueblo entero se habrá enterado antes de la hora de cenar, ya verás.

Kristy pone los ojos en blanco.

—Els, tienes que relajarte. Calculo que a estas alturas ya has superado tu período de libertad condicional.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que ya no estás ahí fuera buscando. Puedes dejar de esforzarte. Ya eres una de ellas.

Una de ellas. Una Nush. Una Sylvia. Un ejemplo de perfección absoluta. Sin rastro de la jovencita de piso de protección oficial que compartió un dormitorio de literas con Kristy casi durante quince años.

—Qué va, no lo soy. Aún no. Si... Cuando me den este puesto de trabajo en Pelham, a lo mejor. Entonces tendré «posición», afortunada de mí. —Se me ocurre una idea horrible—. Dios, ¿tú crees que Sylvia podría pedirme que me incorporase a uno de sus comités?

—No vas a tener tiempo. Para ser te sincera, no entiendo por qué quieres volver a trabajar a jornada completa. Creía que en estos tiempos lo bueno era disponer de flexibilidad.

—Bueno, existe una cosa que se llama ambición, Kris. —No era mi intención que sonara tan duro, pero por lo visto Kristy no se siente molesta—. Y también existe otra cosa que se llama dinero. Puede que sea la raíz de todos los males, pero resulta muy práctico cuando una tiene una reforma enorme que pagar.

—Cuando la tiene que pagar la familia de Adam, querrás decir.

—Es un préstamo —replico.

—Es una cadena. —Suelta un enorme bostezo. El tal Shane sin «ane» debe de tenerla despierta hasta bien pasada la hora

de dormir—. Solo imagínate una vida entera estándole agradecida a Sylvia...

Admirando su plantel de zanahorias. Fingiendo que me cae bien ese puñetero gato. Santo Dios, ¿merece la pena?

Expulso ese pensamiento de mi cabeza.

—De todas maneras, no es solo por el dinero, sino por el reto que supone. Las clases particulares están bien, pero lo único que hago es animar a niños ricos e inteligentes a pasar unos exámenes que van a aprobar sin ninguna dificultad. ¿Me darías un puñetazo en la cara si dijera que quiero cambiar un poco las cosas?

—Repetidamente. —Da unos golpecitos con los nudillos en la ventanilla del coche—. Además, lo único que vas a cambiar será que proporcionarás a unos cuantos chicos adolescentes una persona nueva en la que pensar cuando se hagan una paja.

—Pues que tengan buena suerte. A las que no soporto son las chicas. —Miro con gesto ceñudo el reloj del salpicadero—. He dicho cinco minutos. Está claro que Orla no siente el menor respeto hacia mí.

Kristy suelta un resoplido.

—No recuerdo que nosotras mostráramos mucho respeto hacia mamá cuando teníamos la edad de Orla.

Yo lanzo un resoplido más fuerte en respuesta a esa comparación.

—Cuando yo cumplí los dieciséis, mamá estaba siendo juzgada por comerciar con mercancías robadas. De todas formas, es algo más que eso, Kris. Es... Ella... —Hago un gesto negativo con la cabeza—. Bah, dejémoslo.

Me callo porque tengo que callarme. Porque, si empiezo, es posible que no termine nunca.

Además, ¿conozco de verdad a mi hermana?

Sé que lleva puesto un sujetador carísimo que es mío. Reconozco los puntitos de color verde lima que se distinguen a

través de su fino jersey blanco. Ella sabe que he estado buscándolo por todas partes, abriendo cajones, revolviendo en los cestos de la ropa sucia, echando la culpa a Orla.

Cuatro años separadas es mucho tiempo.

—Ya, claro que es más que eso —dice, e incluso dicho por ella suena a resentimiento—. Contigo es siempre algo más, no puede ser solo un problema normal, tiene que ser especial, distinto.

Espero a verla sonreír, pero no sonrío. Permanece totalmente seria.

—Vaya, ¿qué mosca te ha picado de pronto?

Pero ahora ya no me mira a mí. Percibo una presencia que se mueve hacia la ventanilla del lado del conductor.

—Ya era hora —digo, aliviada por la interrupción.

Acciono el contacto y a continuación me vuelvo hacia Orla para sopesar rápidamente si cantarle las cuarenta, fustigarla con mi silencio o desconcertarla del todo mostrándome tranquila y agradable como si no hubiera pasado nada.

Pero quien me encuentro ahí no es Orla, sino un agente de policía.

Bajo la ventanilla y le ofrezco una ancha sonrisa de desconcierto.

—Hola, Jason. ¿Todo bien? ¿Estás buscando a...

No me deja terminar. Y tampoco me devuelve la sonrisa.

—Ellen, por favor, ¿puedes bajar del coche?

Cinco malas acciones

Un secreto.
Dos lados de cada historia.
Tres traiciones mortales.
Cuatro sospechosos potenciales.
Cinco malas acciones.

Ellen es profesora, madre, esposa y una buena ciudadana todoterreno que atiende toda clase de compromisos. En medio del caos de su día a día, le llega una nota amenazante que dice: «Las personas tienen que aprender que hay consecuencias.

Voy a enseñarte esa lección. Justo delante de tus narices».

¿Por qué le habrán enviado esa nota? Ellen no tiene la menor idea. Aunque no es un angelito –una mentirijilla por aquí, una lengua afilada por allá–, nunca ha hecho daño a nadie de manera intencionada. Pero hay alguien para quien la intención no cuenta, alguien que la culpa de todo lo malo que ha experimentado. Y puede que tenga motivos para ello, porque pocos de nosotros pasamos por la vida sin dejar una marca negra en otra persona. ¿Podrían esas cinco malas acciones que atormentan a Ellen ser la explicación de que las cosas se hayan torcido tanto?

Mientras se afana por descubrir quién se ha propuesto destruir su reputación y su futuro, continúa recibiendo mensajes, cada vez más amenazantes, y cada uno se acerca más a todo lo que ama.

AdN

3655024

